

todos los hechos y todas las experiencias. ¿Á qué estaba destinado por su naturaleza el Apóstol de las gentes? ¿Á ser Saulo ó á ser Pablo? ¿Ó se cambiaron sus rasgos fisionómicos y sus huesos antes de su conversión? ¡No! no es la estructura del cráneo lo que influye en el espíritu; no es la disposición exterior lo que influye en la manera de obrar. Los rasgos fisionómicos son la expresión que el espíritu se crea por su acción continua; el carácter es el resultado libremente adquirido del modo de obrar y de pensar continuado siempre de igual manera. ⁽¹⁾ Pero es imposible hablar de una disposición inmutable del hombre para el mal; por consiguiente, querer atribuir el pecado y el vicio á esta causa, es manifiesto error.

5. No procede tampoco de las circunstancias exteriores: ocasión, seducción, pobreza, riqueza.—¿De dónde, pues, procede el mal? Las tentativas hechas hasta ahora para responder á esa pregunta se limitaban al hombre, y únicamente al hombre exterior; se guardaban prudentemente de penetrar en su interior. Como el resultado fué nulo, dejaron completamente al hombre para ir al mundo exterior, y aquí encontraron un suelo fértil en que abundan las excusas más desleales.

Se ve aparecer desde luego en la serie de causas que deben producir el pecado, la seducción. Este falso pretexto es el primero que invocó el hombre; es también el más antiguo, pues Adán y Eva quisieron ya servirse de él para cubrir su falta. Sin embargo, contiene un poco de verdad, y por eso podemos hasta cierto punto llamarle perdonable; es verdad, como dice el proverbio, que la ocasión hace al ladrón; hace criminales peores aún. El espartano Glauco era alabado en todo el país por su honradez; pero cuando le trajeron de más allá de los mares dinero en depósito, su reputación universal se convirtió en lazo para su probidad; tampoco él evitó la tentación de hacer sustracciones y juramentos falsos, y poco faltó para que sucum-

(1) *Eclii.*, XIII, 31; XIX, 26; Aristóteles, *Anal. priora*, 2, 28. *De anima*, 1, 1; *Problemata*, sect. 36.

biese. ⁽¹⁾ No seamos, sin embargo, demasiado desdeñosos en el juicio que de él formemos, pues todo el que se conozca sabe que la ocasión es de temer. Pero con eso no decimos, ni con mucho, que la ocasión haga al ladrón necesariamente, ó solamente que haga de alguno un ladrón; hace, sí, que el ladrón lo sea, procurándole la posibilidad de poner en ejecución su intención dañada; pero no es ella la que le da las malas inspiraciones, que desde luego hacen de él un ladrón desde el punto de vista de la intención, y, finalmente, de hecho. Muchos hay que son criminales ante Dios y ante su conciencia, aunque no tengan la ocasión de convertir en acto su deseo; y, por el contrario, hay otros que viven entre tentaciones constantes sin ser malos, no obstante; prueba evidente de que no es la ocasión lo que hace el pecado. Nos basta con que una sola vez no haya hecho al ladrón; nos basta con que un solo José haya permanecido puro entre penosas tentaciones.

Así quedan apreciados en su justo valor esos principios por los cuales nuestra ciencia del día promete mejorar el estado moral. ⁽²⁾ El mayor número de crímenes, dice Büchner, ⁽³⁾ que, sin saberlo, se hace eco de Averroes, tiene, como puede probarse, su origen en la ignorancia; el hombre ignorante sucumbe casi infaliblemente á las circunstancias exteriores; no puede salir de su precario estado más que mediante crímenes, siendo por lo tanto víctima de su situación; por lo cual los criminales son más bien desgraciados dignos de lástima, que hombres merecedores del desprecio.

Partiendo de ese modo de ver, el famoso sistema de Elmira se propone, ante todo, instruir á los criminales por medio de lecturas, bibliotecas, gabinetes de estudio y suntuosas habitaciones, en vez de castigarlos, convencido de que en breve plazo no serán ya tentados de hacer el mal.

Superfluo sería impugnar ese sistema; los hechos mis-

(1) Herodoto, 6, 86.

(2) Stoeckl, *Gesch. der Philosoph. des Mittelalters*, II, 118.

(3) Büchner, *Kraft und Stoff*, (12) 276 y sig.

mos bastan para hacerlo. Los nihilistas rusos, los anarquistas franceses, como Ravachol, Vaillant y Henri conocían la literatura moderna y las ciencias naturales en grado tal, que muchos no podían rivalizar con ellos; esa instrucción les sirvió para preparar sus crímenes más reflexivamente y ejecutarlos con mayor prudencia. Por eso con razón no esperan otros de la ciencia todo el mejoramiento apetecible, y quieren, por el contrario, especialmente los socialistas, establecer un paraíso en la tierra, persuadidos de que en este caso el mal cesaría por sí mismo. Así nos dice Bastián: No creáis que por mucho tiempo os será posible satisfacer al pueblo con sermones y hermosas palabras; si queréis que el pueblo sea bueno, ponadlo en situación de que lo sea; en un estado de felicidad no habrá perversos ni criminales, porque es mucho más natural y agradable seguir los preceptos de la virtud que entregarse con reconcentrada cólera al vicio. ⁽¹⁾ Por eso Fr. Magri propone seriamente un nuevo sistema de mejoramiento, que consistiría en cuidar bien á los criminales y ennoblecer sus sentimientos por la sugestión y la hipnosis, porque está convencido de que la mayor parte de los crímenes sólo proceden del hambre y de la mala alimentación de los nervios. ⁽²⁾

Y bien, no hubo jamás paraíso en la tierra después del pecado de nuestros primeros padres, ni volverá á haberle en tanto que duren sus consecuencias. Sin embargo, hubo épocas buenas y tolerables: ¿sería porque en aquellas épocas hubiese desaparecido el mal de la tierra?

Por la historia conocemos épocas en que el Cristianismo gozaba de libertad, bien que siempre le hayan opuesto dificultades á su acción; en aquellos tiempos probó de hecho á los pueblos que estaba dispuesto á esparcir por el mundo sus beneficios temporales con sólo que se le otorgase alguna confianza. Fué en los últimos años del siglo XV, cuando Sajonia era todavía católica; en aquel país,

(1) Bastián, *Der Mensch in der Geschichte (Psychologie)*, I, 241.

(2) *Rivista internazionale di scienze sociali*, IV, 328 y sig.

por entonces, un peón de albañil ganaba por semana el importe de cuatro carneros; los artesanos y los labradores tenían cuatro platos en su mesa, tanto á mediodía como por la tarde. Los días de ayuno tenían cinco al mediodía para que por la tarde sintiesen menos la necesidad; y se cita como ejemplo de economía extraordinaria en aquella época el hecho de que una rica familia de Baviera no diese á sus servidores para comer más que sopa, dos platos de pescado y un tercer plato más. En Austria, por el mismo tiempo, también un albañil ganaba sesenta libras de buey por semana, y en Misnia ganaba tres carneros y un par de zapatos, ó nueve celemines de trigo, sin contar la alimentación. ⁽¹⁾

Los historiadores de la civilización dicen que los días más felices de Inglaterra fueron aquéllos en que estaba gobernada por monarcas católicos; los días de sus obispos y de sus conventos. Entonces se encontraba dura la prescripción de poner á pan y cerveza á las gentes de que uno no estaba satisfecho, cuando ahora hay millares de personas honradas que se contentarían si tuviesen pan y patatas suficientes para comer el domingo, aunque sólo bebiesen agua. Hoy, familias de buena condición se miran mucho antes de tener asado en la mesa. En el régimen llamado monacal y clerical, las actas del Parlamento mencionan el buey, el puerco, la vaca y el carnero como el alimento ordinario de las clases pobres. ⁽²⁾ En la sola ciudad de Gante proveían de todo lo necesario en aquel tiempo á 16.000 ciudadanos, incluso de armas; ⁽³⁾ en Dantzig á 50.000. ⁽⁴⁾ Pequeñas ciudades y hasta pueblecillos holandeses se hallaban en estado de poner á disposición de su príncipe buques para la guerra. ⁽⁵⁾ El poder y la influencia de Lubbeck eran tan considerables, que los tres imperios del Nor-

(1) Janssen, *Gesch. des deutsch. Volkes*, I, 307, 309, 338 y sig.

(2) Cobbet, *Gesch. der protest. Reformation in England und Irland* (Mainz, 1862), § 463, 465, p. 575 y sig.

(3) Kampen, *Gesch. der Niederlande*, I, 207, 218.

(4) Barthold, *Gesch. des deutschen Städtewesens*, IV, 255.

(5) Kampen, *loc. cit.*, I, 208.

te se hallaban dispuestos á elegir ó destronar reyes siguiendo sus indicaciones. En Nuremberg, los ciudadanos de la clase media vivían con tanta holgura, que los reyes de Escocia no podían gastar tanto como ellos. ⁽¹⁾

Hubo, pues, tiempos en que se vivía mejor que ahora, y, no obstante, de preguntar si no había hombres malos entonces, la respuesta sería ciertamente que no había más que hoy, pero que, en general, no valía mucho más la humanidad; la única diferencia consiste en que ahora es la miseria lo que impulsa hacia el mal, y entonces no.

Ya se ve donde encontrar la verdadera respuesta á la pregunta. Sí, la miseria es consejera de muchos crímenes; pero si consideramos á qué malas acciones pueden el bienestar y la felicidad conducir al hombre, podríamos tal vez recoger cifras más considerables aún y hechos que serían no menos terribles. Las causas de la ruina de Sodoma, dice el profeta, fueron la saciedad, la abundancia, la ociosidad y el orgullo. ⁽²⁾ En todo tiempo, esas mismas causas produjeron la perdición de muchísimos hombres; cualquiera que sea el número de los que corrompe la miseria, todavía es mayor el de los que corrompe la felicidad. Es una de esas convicciones sacadas de la experiencia, que expresan, no solamente la Sagrada Escritura ⁽³⁾ y los santos, ⁽⁴⁾ sino también los autores paganos. ⁽⁵⁾ Y no es sólo un proverbio el que dice que se necesita mucha fortaleza para resistir los días de felicidad, ⁽⁶⁾ sino que un superficial hijo del siglo como Goethe se ve obligado á confesar que «todo es tolerable en el mundo menos una larga serie de días felices». ⁽⁷⁾ Lo cual, sin embargo, no quiere decir que todo hombre rico y feliz deba entregarse á locas extravagancias;

(1) Barthold, *loc. cit.*, IV, 255 y sig.

(2) Ezequiel, XVI, 49.

(3) Proverbios, XXX, 8, 9.

(4) Bernardo, *De S. Malach.*, 1, 7; *In domin. psalm.*, s. 2, 2. Smaragd., *Diadema monach.*, 32 Gueric., *In Quadr.*, s. 1, 1.

(5) Teognis, *Gnom.*, 1155 (129). Basilio, *De legend. gentil. libris*, 8. Séneca, *Ep.*, 39, 4. Solon, *dans Herodot.*, 1, 32, 6. Lisias, 24, 16.

(6) Wander, *Sprichwoerter-Lexikon*, I, 300, 22.

(7) Goethe, (*G. W.*, 1827), II, 243.

cias; pero mucho menos aún admitimos que la pobreza y la miseria sean inseparables del pecado. Muchos hay que saben conservar su integridad en el bienestar, y se cuentan por miles los que, víctimas del sufrimiento, son ejemplos de virtud y santidad.

Síguese de aquí que, si alguien es un malvado, no son la riqueza ni la pobreza las que lo hacen tal; en el interior habita nuestro enemigo; la causa del mal radica allí. ¿Á qué, pues, recurrir á cosas ajenas para excusar nuestras faltas? Si supiéramos ponernos en guardia contra los objetos exteriores, no se convertirían para nosotros en una red ó en un lazo. ⁽¹⁾

6. El mal no proviene del ejemplo y de la educación.—Por eso es igualmente inadmisibles hacer exclusiva ó principalmente responsables del mal á la educación y al ejemplo. Con estas palabras hemos puesto el pie en un terreno donde despliega especial celo la ciencia moderna, sintiendo soberana complacencia de sí misma. Imposible sería decir cuántas veces, y con qué aire victorioso, nos oponen las palabras sugestión, enfermedad de los pueblos, psicología de las muchedumbres y otras parecidas. No hay crimen que no tenga su explicación en la imposibilidad de resistir al ejemplo ó en el instinto de imitación enfermizo é invencible. Consideraciones morales y políticas, preveniciones de familia y de raza, terrores, pánicos y entusiasmos ciegos, la opinión pública y la voz de la prensa, las consignas y los actos contagiosos de algunos hombres influyentes; todo esto, se nos dice, basta para convertir á la muchedumbre en un gran rebaño de carneros, y para quitar á los individuos toda independencia. ⁽²⁾

Hemos de confesar que muchas veces no podríamos comprender cómo se da tanta importancia á eso, si no hubiera en el fondo el designio de eximir al hombre de responsabilidad; todos, sin embargo, lo conocen. Se han lamentado todas las épocas de la corrupción indecible que el mal

(1) Ambrosio, *Hexameron*, 1, 8, 31.

(2) Karl Fischer, *Socialpädagogik und Socialpolitik*, 242 y sig.

ejemplo, especialmente el de las muchedumbres, puede causar; y la que nosotros presenciarnos nos dispensa de hablar más detenidamente de los males que produce una falsa educación; pero á nadie se ocurrió negar la libertad personal ó exigir, como ahora se hace, que el derecho penal se modifique radicalmente conforme á bases psicológicas totalmente nuevas, prestando mayor atención á aquellas influencias. ⁽¹⁾

Felizmente se estrella tal exigencia contra las consecuencias públicas de su interna falsedad; evidente es que semejantes teorías, si se llevasen á la práctica, producirían la impunidad de los criminales, y aumentarían proporcionalmente los crímenes, pues el contagio, y, por consiguiente, la inculpabilidad de quienes los cometen, crecerían en igual grado, pero la necesidad misma sabrá preservarnos de tales extravíos.

Por otra parte, lo hará también así la sana inteligencia. ¿Quién no advierte la exageración de Fourier, cuando desarrolla la opinión de Rousseau, que en otra ocasión hemos ya discutido, hasta afirmar que la educación es el origen del pecado? ⁽²⁾ Y ¿quién no sentiría horror cuando esa diabólica mujer, cuyos escritos han robado á tantos seres, no solamente la virtud, sino la fe en la virtud y el honor, Jorge Sand, lleva tan lejos ese principio erróneo, que atribuye la responsabilidad de sus faltas á la misma que le dió el ser? Con increíble falta de delicadeza, revela á todos aquella escritora los pecados de su madre, la acusa de sus propios extravíos, porque, según dice, en virtud de las leyes de la herencia, las buenas disposiciones ó los defectos de los padres deben hallarse en el hijo. ⁽³⁾

A tal perversidad puede conducir al hombre el deseo de encontrar para sus pecados una causa que le exima de responsabilidad por el incumplimiento de sus deberes perso-

(1) Karl Fischer, *Ibid.*, 381.

(2) Julián Schmidt, *Gesch. der franzoesich. Literatur*, II, 587.

(3) Jorge Sand, *Mémoires*, VI. Jul. Schmidt, *Gesch. der franz. Lit.*, II 510.

nales: debe ser abrumador el sentimiento de la responsabilidad y rendimiento de cuentas, cuando para libertarse de ellos arroja el pecador lejos de sí lo que hay de más santo, el pudor innato, el más natural de todos los sentimientos, la piedad del hijo, el ejercicio de la reflexión. Así en la furiosa tempestad arroja al mar el navegante hasta lo más precioso que tiene: el abismo reclama su víctima; él lo confiesa; cuanto más cara, mejor será y se calmará más pronto.

Esas desesperadas tentativas para libertarse á todo trance de la culpabilidad personal, prueban á qué aniquilamiento de todo sentimiento humano, á qué deterioro de la humanidad se llega, cuando no se quiere reconocer la causa del mal, que nos enseñan la Revelación y la conciencia.

7. El mal no procede de las condiciones climatéricas y geográficas.—Pero todo antes que eso; todo menos confesar la verdad. Muy humillante debe ser esa verdad, cuando nos llena de indecible confusión. ¡Antes que aceptar la responsabilidad, procurar que recaiga también en los demás, buscar el medio de comprometer en nuestra culpabilidad á todos!

En los tiempos de ignorancia se consideraba á las estrellas bastante complacientes, no sólo para predecir nuestra suerte, sino para asumir la responsabilidad de todo lo que pudiera hacer en la tierra quien vivía sujeto á su influencia; en los tiempos modernos Lachse trató de explicar por las manchas del sol el atractivo de los crímenes.

Desde Montesquieu, ⁽¹⁾ y especialmente desde Carlos Ritter, se convirtió en moda y en título de honor para quien aspirase al título de sabio explicar por la geografía física la historia de la humanidad, de la civilización, de la moral, de los vicios, de las cualidades de los pueblos. No está poco orgullosa nuestra época de ese pretendido descubrimiento, pero sabido es lo que hay de cierto y de falso en aquella teoría. Strabon expuso ya lo que tiene de verdadero; por el contrario, Tito Livio, si bien sabía que

(1) Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. 14, 2, 3, 12, 13; lib. 17.

no faltaba quien atribuyese al clima la degeneración general de las costumbres, juzgaba las cosas con bastante frialdad para rechazar aquella doctrina. ⁽¹⁾

Los modernos dieron pruebas de menos reflexión. Desde ese punto de vista, Pascal hizo afirmaciones más radicales, de acuerdo en eso con su afición á la paradoja; no vaciló en decir que casi nada hay, justo ó injusto, que no varíe según la diversidad del clima; á los tres grados más de latitud caería por tierra toda la jurisprudencia. ⁽²⁾

Bien se hecha de ver cuán arbitrario es todo esto, pues que los mismos hombres tienen muy diferentes maneras de ver al juzgar una misma causa ó un mismo efecto. En la Edad Media se creía que la volubilidad, en que los ingleses diferían de la gravedad de los franceses, y su carácter excéntrico procedían de los brumas de su isla, que influían en su cerebro y en sus nervios. ⁽³⁾ En el siglo XVIII, los ingleses ricos, á quienes la tierra no podía ofrecer mayor variedad, más goces la vida, ni más encantos la ociosidad, encontraban, en el mismo clima húmedo, la causa de su propensión á la melancolía y al suicidio. ⁽⁴⁾ Raquel, cuyo humor era tan voluble como una veleta, tenía la costumbre, que aconsejaba también á sus amigos, de escribir al principiar sus cartas la temperatura del día, á fin de que quien las recibiese pudiera saber desde luego en qué disposición de ánimo había escrito, y lo que podrían prometerse encontrar al leerlas. La célebre judía hubiera llevado ciertamente á mal que su camarera, menos rica é instruída que ella, hubiese hecho depender su humor, su fidelidad y su discreción del sol de Berlín ó de las movedizas arenas de la Hasenheide.

Fácilmente se da uno cuenta de la seriedad de esa opinión; la admiten cuando pueden servirse de ella como disculpa; en otro caso, hacen solemnemente sus reservas contra ella.

(1) Livio, 37, 54.

(2) Pascal, *Pensées*, 1, 68.

(3) Pedro Cell., *Epist.*, 6, 23.

(4) Edw. Young, *The complaint of Night-Thoughts*, 5, 457.

Esa manera de ver está en contradicción también con la historia. Se nos demuestra, hasta no dejar duda, que la situación de Grecia debía necesariamente producir aquella civilización que nos hace estimar tanto á los antiguos griegos; pero que esa misma Grecia, cuna de Platón y de Pericles, lo sea también de los Cleftos; que el clima de Cartago no produzca ya hombres como San Cipriano y San Agustín; que el ardiente sol de España no engendre ya López ni Cervantes; que los estoicos, bajo el dorado cielo de Grecia ó en las villas soleadas de Italia, sucumbiesen á la misma enfermedad, al mismo hastío de la vida que los excéntricos hijos de Albión, incapaces de gozar en las densas nieblas de Londres; que Esaú y Jacob, esos hermanos tan desiguales, hayan visto la primera luz del mismo cielo, con una misma estrella, en el mismo clima: ¿qué importa al mundo todo eso cuando hace falta encontrar á todo trance una causa que nos exima de todo reproche? Con tal de conseguir ese fin, nadie se pregunta si esa causa tiene consistencia; aunque sin sentido común en sí misma, lo tiene, sin embargo, si aquel propósito queda cumplido.

8. A Dios mismo se le declara responsable de la falta.—Así es como estamos tan lejos aún de la respuesta á la pregunta que agita al género humano desde su nacimiento. ¿De dónde procede el mal? Hasta ahora hemos visto que los hombres, para no sentirse obligados á acusarse á sí mismos, y volver á Dios por la confesión de su propia culpabilidad, acusaron á Dios mismo, si bien no directamente; pues acusar á una criatura de Dios significa siempre acusar á Dios; ⁽¹⁾ pero á lo menos las explicaciones, que hemos indicado ya, no eran un ataque directo contra él.

En fin, el hombre que no quiere aceptar su responsabilidad concluye por no retroceder ni ante lo peor. ¿De dónde procede el mal? Y bien, se dice, si no hemos subido bastante llegando hasta las estrellas, subamos aún más arriba.

Los antiguos héroes de Homero dicen ya claramente:

(1) Agustín, *Ps.* 31, 2, 16.